

Dejadme crecer

El sol del alba empezaba a relucir cuando una pequeña bolita verde empezó a asomar de entre la tierra. Sin prisa, pero sin pausa, abriendo sus dos cotiledones redonditos y alargando su esbelto tallo a los primeros rayos de la mañana. Tenía un tono esmeralda rebosante de vida, no llevaba ni un par de horas desde su nacimiento, pero a cada minuto era más y más grande.

¡Por hoy está bien! Ya no da el sol y no puedo seguir formando azúcares ni haciendo la fotosíntesis. ¿Eh, qué es lo que siento en mis raicitas? Ho-hola, ¿tú quién eres? -Dijo el brotecito asustado.

Bienvenido bonito pimpollito, soy una micorriza, un tipo de hongo que es capaz de conectar a las plantas por sus raíces y tu mamá me ha pedido que te envíe un mensaje, ¿quieres que te lo de?

El pequeño arbolito sintió como sus raíces se llenaban de azúcares y nutrientes deliciosos, era la bienvenida de su mamá, le había preparado una cena nutritiva para su recién nacido pinito. El pequeño brote le preguntó a la micorriza cómo podía darle las gracias a su mamá y él le dijo que podría mandarle señales químicas cuando quisiera por él. Solo tenía que liberar la sustancia indicada, no fuera a ser que la asustara con alguna advertencia de peligro sin querer. El pinito se concentró y mando una pequeña señal a su mamá y le dio un poco de azúcar del que el mismo había fabricado a la micorriza como agradecimiento por su trabajo.

Tras varios meses el pinito creció y creció junto con sus hermanos y hermanas, algunos murieron por plagas, otros no aguantaron la sequía tan aguda que padecía el suelo. Cada vez era más complicado vivir allí, las raíces no captaban agua o nutrientes y la tierra no se aireaba por la falta de lombrices y bichitos. El suelo se resquebrajaba más y más, creando grietas de varios metros alrededor de los árboles. Muchas especies morían o dejaban de crecer, como las encinas y los madroños, que se veían incapacitados de crear frutos, todos acababan por secarse. Poco a poco se iba quedando solo junto con algún matorral como la jara o el lentisco. Incluso los ciervos que pastaban cerca de allí y dejaban sus marcas con sus astas en los troncos dejaron de aparecer por allí. Las ardillas ya no correteaban por encima de las encinas y no saltaban de pino en pino, espantando de vez en cuando a algún picapinos distraído entre las ramas en busca del mejor para hacer su nido. Los jabalíes tuvieron que mudarse a lugares de mayor altitud en busca de encinas y robles que dieran bellotas para alimentar a sus pequeños rayones. El bosque perdía toda su majestuosidad y el pinito, aun siendo joven lo sentía. Sentía los lamentos de sus congéneres llegando a él en forma de silencio por todo el valle.

Una ardillita huía de un zorro hambriento, desesperada se refugió en la copa del pinito. El zorro se preparó para abalanzarse sobre ellos cuando una niña apareció de entre los matorrales, el zorro salió corriendo del susto. En ese momento la ardillita calló al suelo del agotamiento, llevaba sin comer varios días y sus patitas ya no aguantaron más.

La niña observó desde lejos lo sucedido y decidió acercarse, saco su botellita de agua y le ofreció el tapón rebosante de agua. La ardillita miró con desconfianza, retrocedió, pero su sed pudo con su miedo y bebió lentamente, mirando de reojo de vez en cuando a la pequeña humana. La niña miró al arbolito, este le pareció el más bonito que había visto, mucho más que su árbol de navidad. Soltó el tapón, haciendo retroceder a la ardillita, se levantó y vertió lentamente toda

su botella sobre él. El pinito sintió como el suelo se reblandecía y absorbió con velocidad toda el agua, no quería desperdiciar ni una gotita. La niña sacó su merienda y le cedió una fresita y un par de nueces a la ardilla. Esta tomó la comida, la metió en sus carrillos y salió corriendo hacia un alcornoque a varios metros de allí. La niña quiso seguirla y cogerla, pero entendió que no debía, en el fondo se sentía orgullosa de lo que había hecho. Se volvió al pinpollito con mirada dulce. Miró a su alrededor, todo estaba seco y apagado en tonos amarillentos y rojizos, algunas aves silvestres luchaban por mantener la imagen de aquel magnífico bosque con sus cantares, pero su presencia y la de pequeños animalitos no eran lo suficiente como para otorgar la vida que una vez hubo allí. La niña se sentó al lado del arbolito y le susurro: es triste ver como la codicia de unos es la desgracia de otros.